



Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe

EL CANTO, LA DANZA Y LA FLOR EN LAS PEREGRINACIONES

M.I. Sr. Cango. Mons. Pedro Agustín Rivera Díaz
Rector de la Antigua Basílica

Religiosidad popular

La religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responde con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución; persona y comunidad; fe y patria; inteligencia y afecto.

La religiosidad popular se diferencia del sincretismo en que siendo una expresión auténtica de fe, surge del pueblo creyente que acepta las orientaciones del magisterio de la Iglesia y procura ser fiel a sus enseñanzas. Esto es lo que facilita que excesos, errores o carencias que se pudieran presentar, puedan ser debidamente orientados.

Los grandes valores de la religiosidad popular residen en ser una expresión profundamente natural que brota del corazón del creyente y por eso manifiesta como un **humanismo cristiano** que afirma radicalmente la **dignidad** de toda persona como hijo de Dios, establece una **fraternidad** fundamental, enseña a **encontrarse con la naturaleza** y a **comprender el trabajo**, proporcionando razones para la alegría y el humor, aun en medio de una vida muy dura.

La religiosidad popular tiene una gran capacidad de convocación y **enriquece las expresiones de fe con cantos, danzas y gestos que son propios de cada cultura.**

Cantos, danzas y ofrendas

Anualmente más de 20 millones de personas, hacen presentes en el recinto guadalupano; todos los días, pero en particular en torno al 12 de diciembre. Si bien todo esto tiene una profunda connotación antropológica y sociológica y por lo mismo puede permitir serios estudios sobre los ritos y costumbres de diversas comunidades de nuestra patria que acuden a manifestar su fe y amor ante la sagrada imagen de santa María de Guadalupe.

Fe que se expresa "In Xochitl in Cuícatl", es decir en "Flor y Canto", que en opinión de Mons. José Luis Guerrero, abarcaba mucho más de lo que podríamos suponer. Directamente, entre los antiguos pueblos indígenas se refiere a la poesía, pero no en un sentido meramente literario, sino como expresión de todo lo mejor y más sublime que es dable conocer a la mente

humana, ya que para los mexicanos resumía todo lo grande y bello que puede pensar y experimentar el hombre: poesía, filosofía, religión, arrobos místicos, esto quizá nos queda más claro al traer a nuestra mente un fragmento de la obra poética de Netzahualcoyotl.

Con flores escribes, Dador de la vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.

Lo anterior nos permite entender mejor que la música y la danza que acompañan el canto, y que vemos y oímos en el recinto guadalupano, son oración que permite a quienes los realizan entrar en contacto con el "Verdadero Dios por quien se vive", para Quien, santa María de Guadalupe, pidió un templo para en él mostrarlo.

Ella es portadora, es mensajera, es puente de comunicación entre Dios y los hombres, al ser medianera de todas las gracias, al ser el conducto a través del cual Dios nos dio a su Hijo (Gal 4,4) y al dejarnos su imagen que precisamente nos lleva a reconocer en Ella misma, la actitud de oración, por su rostro inclinado hacia su derecha, por sus manos juntas y por la pierna izquierda flexionada, que nos indica que Ella, también ora a la manera indígena: danzando.

La posición reverencial de la cabeza de la imagen de la Virgen de Guadalupe, permite también que además de la actitud de oración que en Ella reconocemos, nos invite a ponernos bajo su mirada maternal y al mismo tiempo experimentemos que Ella nos escucha, de manera atenta.

Por eso la **danza se vuelve oración**, lo mismo que la ofrenda de las flores que no será otra cosa más que regresar a Dios lo que es de Él, lo verdadero, lo sublime, lo que está enraizado y que por eso mismo es verdad, que se convierte en vida, en color, en alegría.

Las flores

Inmensa variedad de flores existen en nuestro país y hasta de España y otras partes del mundo le hacen llegar flores a nuestra Morenita del Tepeyac. Una flor, un ramo, un arreglo, un portal o un tapete de pétalos, son medios adecuados para manifestar nuestro amor a Ella, la Reina del Cielo. Son expresión no sólo de una persona que ama, si no también de quien viene a dar gracias por favores recibidos, la familia que agradece la unidad o la recuperación de la salud de la abuela, de la madre o del hijo; son muestra de cariño de quienes viven en el mismo edificio, la misma calle, colonia o población, de quienes trabajan en el mercado, en la fábrica o taller.

La vestimenta

Los diversos climas y el entorno animal y vegetal influyen en la forma de vestir, México que cuenta con una gran diversidad de climas y entornos ecológicos se vuelca en el atrio guadalupano y manifiesta con el gran colorido y variedad de su vestimenta, no sólo su amor a santa María de

Guadalupe, sino su deseo de asemejarse al humilde macehual, ahora san Juan Diego Cuauhtlatoatzin.

Quienes vienen de Tepic, de Monterrey, de Veracruz, del D.F. o de cualquier otra parte de la República, con sus vestimentas y danzas tradicionales, algunas de profundas raíces indígenas y otras mestizas, se arropan a la manera de los más humildes, conservando así ritos y tradiciones pero manifiestando lo más importante que llevan en su corazón, la fe en Jesucristo y el amor a la nuestra Madre del Cielo.

La danza

La danza que se realiza en el recinto guadalupano no es sólo gusto por bailar, es una manera de hacer oración, es una manera de demostrar que se ama a Dios y que se le ofrece la alegría y el cansancio, la vida toda. La mayoría de las veces acompañados por los tambores o el teponaxtle, pero también por la flauta y la guitarra, de manera repetitiva, una y otra vez, de manera rítmica, los pies, en ocasiones desnudos, o con huaraches o botines o incluso hasta con tenis, tocan el piso de manera reverencial.

No basta el ruido del pie que cae sobre el piso duro, bastones, nueces atadas a los tobillos, machetes, gritos ocasionales, todos son importantes, que lo que hacemos llegue hasta Dios, llegue hasta la Morenita del Tepeyac. Pasan los minutos, llegan las horas y la danza no acaba, hay que amar, hay que adorar, el reto es expresar el amor y la fe.

La Música y los cantos

Afinados o no, los instrumentos y las voces, se elevan de manera sonora, con cantos como "La Guadalupana", "Las Mañanitas", "Mi Virgen Ranchera" o cantos más regionales, desde la ranchería de la que salen muy de madrugada, o en la peregrinación ya en la calzada de Guadalupe, o el atrio de la Basílica y aún mejor, a los pies de "la Muchachita del Cielo".

Todos le cantamos con júbilo a la Madre de los mexicanos, y somos acompañados por el órgano monumental de la Basílica, o por el guitarrón del mariachi o los platillos de la banda del pueblo o la guitarra del grupo juvenil o el teponaxtle o la flauta o las palmas de las manos que se unen para el aplauso, lo importante es expresar los sentimientos que llevamos dentro y que hacemos música y canto para expresar nuestra alegría al visitar a la Madre de Dios y Madre nuestra.

Las Peregrinaciones

Peregrinar es caminar con la esperanza de llegar al lugar del encuentro con Dios, para disfrutar de ese momento, recuperar fuerzas y regresar con nueva motivación para continuar la existencia de manera renovada por el encuentro con Aquel que al darnos la vida nos invita a peregrinar hacia Él, acompañándonos con su amor.

Este peregrinar da sentido a nuestra existencia y requiere del encuentro con el otro, con el hermano, que es camino hacia Dios. Para salir al encuentro del prójimo, necesitamos del amor que salva, ese amor que nos pone en el camino de la búsqueda del otro, porque Dios es amor.

De todos los rumbos de la ciudad, del país y del mundo, diariamente miles de fieles caminan hacia el Santuario de Guadalupe, los sentimientos que les mueven son diversos, pero la finalidad es la misma: experimentar el amor de Dios, a través de Santa María de Guadalupe.

Independientemente de la distancia a recorrer, más que las dificultades que encontrarán, llevan en su mente el deseo del encuentro con la Madre de Dios. Ante Ella danzarán, elevarán una oración, llorarán, encontrarán consuelo, experimentarán paz en su corazón, regresarán revitalizados a sus hogares.

Los rostros son diversos, según del lugar del que vienen y sus orígenes étnicos: mazahuas, otomíes, triques, purépechas, o europeos, asiáticos, africanos o venidos desde Oceanía, sin faltar los anglosajones de América del Norte o los latinos del Caribe o de América del Sur o mexicanos del D.F. o de toda la República, todos como hermanos, todos con alegría, todos bajo la mirada amorosa de la Madre Común, de la Madre de Dios.

Al acudir anualmente, alrededor de 20 millones de personas de toda la República y del mundo entero a la Basílica de Guadalupe, expresan mucho más que una mera tradición o un "folclore", **expresan su amor y su fe.**

Lo mismo vienen jóvenes, mujeres embarazadas, enfermos, quienes no tienen trabajo y quienes vienen a agradecer el que hayan conseguido uno; vienen artistas y políticos, hombres y mujeres de fe, hombres y mujeres en búsqueda de fe, hombres y mujeres que encuentran la fe. Peregrinos nacionales e internacionales, mexicanos de origen español, chino o japonés, todos acuden al "llamado", a "la cita", al cumplimiento de la promesa.

Ella nos pidió un templo para darnos a conocer a Dios: "Mucho quiero, ardo en deseo de que aquí tengan la bondad de construirme mi templecito, para allí mostrárselo a Ustedes, engrandecerlo. Entregárselo a Él, a Él que es todo mi amor, a Él que es mi mirada compasiva, a Él que es mi auxilio, a Él que es mi salvación" (Nican Mopohua 25-26).